RESEÑA DE LIBROS

Escriben: ANTONIO PANESSO ROBLEDO
EDUARDO CAMACHO GUIZADO

G. TOUCHARD-LAFOSSE: *Crónicas del Ojo de Buey*. Editorial Lorenzana. Barcelona, 1963.

Las “memorias”, “crónicas”, “diarios”, “recuerdos personales” y otras expresiones semejantes suelen ser eufemismos para dar apariencia de dignidad literaria a uno de los más viejos deportes del hombre (y de la mujer, sobre todo), el chisme. Y entre los chismes, los cortesanos han sido siempre los más gustosos, aun mucho después de que sus protagonistas dejan de tener importancia política. Francia ha sido tradicionalmente una productora en serie de este tipo de obras, semi-literarias, semi-históricas, pero que en realidad se acercan mucho más a lo que llamamos ahora “periodismo amarillo”.

Et cependant... Pues la verdad es que continúan teniendo un interés humano e histórico. G. Touchard-Lafosse se dedicó a recoger en cuatro gruesos volúmenes las historietas, picantes a veces, intrigantes otras, de la corte francesa, hasta el reinado de Luis XVI, personaje que dejó poco que inventar en materia de chismes porque su vida privada es más conocida que su vida pública y el último episodio de su mediocre existencia no es materia de consejas cortesanas sino de un gran episodio revolucionario de la historia humana.

Estos volúmenes (“Chroniques de l’Oeil de Boeuf”) han sido vertidas al español (“Crónicas del Ojo de Buey”, Edit. Lorenzana, Barcelona, 1963) con el título literal, que tendría un sentido más exacto con la expresión “ojo de la cerradura”, que es realmente lo que quiere decir el autor. En toda esa materia, recogida en los rincones —y a veces en los albañales— de la historia, Touchard-Lafosse expone lo que podría llamarse los entretelones de la historia política, para demostrar, sin proponérselo, que en realidad es la historia de las costumbres, al menos en las esferas cortesanas. El caso clásico de Luis XV (vol. IV) indica cómo el sucesor del gran Rey Sol era en realidad un joven monarca más preocupado por su salud que por tener una serie de amantes y muy poco menos que por los asuntos políticos del reino. Las intrigas amorosas eran en realidad un arma política, como lo son ahora los “grupos de presión”. Y en esa *petite histoire* surgen, como flores exóticas, los filósofos del Iluminismo, la tra-

gedia "Zaire" de Voltaire, se explica el éxito del poema volteriano "La Liga", uno de los más auténticos especímenes del panfleto literario con cálido humor y el éxito, también, del primer economista joven, Law, cuyos principios explotó con mucha fortuna el duque de Borbón.

El cínico escepticismo de la época presagiaba la Revolución Francesa, quizá más aun que el surgimiento del Tiers Etat, el enriquecimiento de la burguesía y la aparición de los primeros fenómenos de la sociedad industrial. Federico Guillermo de Prusia, cita el autor, exponía el principio de que "conviene, cuando se reina, hacer felices a los pueblos, no porque sea necesario darles pruebas de un amor que no se les tiene, ni porque sea preciso hacerse amar de ellos, sino porque hace falta que una nación sea gobernada regularmente, lo mismo que un regimiento se alinea con exactitud en los desfiles". No es nada extraño que ese monarca, como muchos del despotismo ilustrado, o sin ilustrar, llamara a las bellas letras "bijouterie de la société": "Doy más importancia a un granadero de mi guardia que a veinte académicos".

Los "convulsionarios", que aparecieron en la misma época, forman también parte de la extraña historia del fanatismo religioso con sus matices de desequilibrio mental. Inquietaban más al cardenal Fleury que la revolución de Cerdeña. El régimen, con humor inconsciente, ordenó entonces la clausura del cementerio de San Medardo, donde hacían sus manifestaciones. El lugarteniente de policía, Hérault, hizo poner a la entrada del cementerio una orden, en verso pareado, que decía:

*De par le Roi, défense á Dieu
De faire miracle en ce lieu.*

Si no fue Hérault, fue alguno de esos muchos humoristas volterianos que dejaron para la historia un testimonio más vivo con sus epigramas que todos los pesados documentos de los notarios. Después de todo, la maquinaria de la historia se ve más claramente por el ojo de la cerradura que en las recepciones de Versalles.

ANTONIO PANESSO ROBLEDO

SEYMOUR MARTIN LIPSET y REINCHARD BENDIX, *Movilidad Social en la Sociedad Industrial.*

Los sociólogos nos han enseñado que hay sociedades "abiertas", como la norteamericana, en las cuales es muy considerable la movilidad social, esto es, la posibilidad de cambio de posición o *status* de las diversas clases sociales, sometidas a una estratificación mucho mayor, casi rígida, en las sociedades "cerradas" de tipo europeo, con su tradición de castas medievales. Y con mayor razón cuando se trata de sociedades que ni siquiera han entrado de lleno a la civilización occidental con sus secuelas de industrialización y educación democrática.

Pero el problema es mucho más complejo de lo que aparece a simple vista, advierten dos grandes investigadores sociales de nuestra época, Seymour Martin Lipset y Reinhard Bendix ("Social Mobility in Industrial Society", traducido al español por Eudeba con el título "Movilidad Social en la Sociedad Industrial", 1963, Buenos Aires), y al mismo tiempo más

sencillo. Son muchísimos los factores que es preciso tener en cuenta, cuando se trata de sociedades pluralistas, con tradiciones y estructuras muy disímiles; pero en fin de cuentas, la industrialización sola, cuando llega a cierto límite, marca siempre un cierto grado mínimo de movilidad social en todas partes, sean cuales fueren los otros factores variables. Por ejemplo, las tradiciones aristocráticas inglesas y alemanas no han constituido una barrera infranqueable a la movilidad social después de industrializarse esos países. En cambio, podría señalarse que en sociedades apenas en ese proceso, como las latinoamericanas, y la colombiana muy particularmente, la movilidad social continúa siendo muy limitada, como se ve claramente en las tendencias políticas y económicas de los últimos años.

La dificultad de este tipo de investigaciones estriba ante todo en el hecho de que por lo general se tienen que basar en análisis secundarios, es decir, sobre datos recogidos para otros fines, sobre todo censos de población. Pero de esas encuestas se toman datos recogidos con otros medios y cuya duplicación sería muy costosa. De esa manera, combinando encuestas de diverso origen con las realizadas por los mismos investigadores, en áreas relativamente muy limitadas, en este caso Oakland, California. De todas maneras, el tema es fascinante, en sí mismo, por las implicaciones humanas, y además por las consecuencias de tipo social y político que se desprenden de lo que pasa en la arena movediza de nuestra moderna sociedad industrial, cuyos valores son completamente distintos de los que cultivaba la sociedad basada en la sangre noble, la riqueza heredada, el feudalismo y en general las concepciones conservadoras de las minorías.

Las investigaciones sociales parecen demostrar, como era de esperarse, que aun sometidas a las presiones modernas, continúan vivaces algunos conceptos de la antigua sociedad, por ejemplo la repugnancia por el trabajo manual y su clasificación social más baja, aunque se pague mejor. Un caso doméstico podría ser el de algunas de nuestras grandes industrias, que han creado un proletariado privilegiado, en cuando a salarios, más altos que los prevalecientes en la clase media de empleados. Pero su posición social, con más ingresos, continúa siendo inferior. Es posible que por cuestiones de educación y de tradición, esos obreros no tengan interés en ascender en la escala de valores puramente sociales mientras su nivel de vida aumente, como sin duda crece y de esa manera se abren automáticamente las puertas para su ascensión social. En los Estados Unidos, país de intensa movilidad social, pasa algo semejante, en otros términos: subsiste en algunas áreas y estamentos una actitud aristocrática perfectamente comparable a la europea y aun a la latinoamericana más cerrada, pero ese hecho se esfuma ante los grandes números de trabajadores y obreros que progresan en una sociedad igualitaria, con oportunidades para todos.

La "necesidad del éxito" se ha convertido en un valor por sí mismo, en la civilización industrial. Hay posibilidades para que lo alcance todo el que sea capaz. Realizado eso, ¿qué queda de los valores culturales? he ahí una cuestión que probablemente no será resuelta nunca. No, en todo caso, mientras la necesidad del éxito conduzca simplemente a cambiar de modelo de automóvil cada año "to keep up with the Joneses" o sea para no quedarse atrás de los vecinos.

ANTONIO PANESSO ROBLEDO

El pensamiento colombiano en el siglo XIX probablemente no se distingue gran cosa del pensamiento colombiano en el siglo XX. Por eso, la excelente obra de Jaime Jaramillo Uribe ("El Pensamiento Colombiano en el siglo XIX", Edit. Temis, 1964, Bogotá) que acaba de salir a la luz pública, en cierta manera es un análisis de lo que aun piensan los colombianos sobre la estructura del Estado, sobre las libertades públicas, sobre los límites del individuo como miembro de una comunidad organizada y en especial sobre el liberalismo económico, que en nuestros días se ha convertido en signo de los partidos conservadores.

Empieza el autor naturalmente por buscar las raíces: el alma española y el mundo moderno, el caballero cristiano y el burgués, integralismo y ruralismo. Es de común consentimiento que España forma parte, apenas precaria, de la Europa moderna, aunque no se ocultaba en una época el sol en las fronteras de su imperio. Acepta el autor también que el español ha pertenecido siempre a una "cultura rural": es ante todo un campesino. Pero la cultura rural no es enemiga del trabajo, ni puede serlo nunca el labrador. El español, no obstante, ha menospreciado el trabajo manual, como ocupación indigna del caballero, del noble, del hidalgo. Sería acaso más exacto calificar esa cultura como *feudal*? Porque el caballero propietario sí vive de la tierra, pero del trabajo de los otros. De todas maneras, es evidente que la herencia española nos legó la Religión y el Idioma, con mayúsculas, con gran contentamiento de don Sergio Arboleda y de don Miguel Antonio Caro, pero ni siquiera a don Sergio le hizo mucha gracia que esa herencia se tuviera que pagar con un aislamiento de las corrientes europeas en los siglos XVIII y XIX. Y podríamos agregar el XX.

Pero esas corrientes llegaron, de todas maneras. El elemento esencial, el liberalismo, con todas las "vacilaciones y tensiones" que se advierten en don Miguel Samper y aun en el neoliberalismo de don Rafael Núñez.

Y era inevitable, naturalmente, que en el pensamiento científico y filosófico surgiera de alguna manera el espíritu de la Ilustración y en menor medida la Enciclopedia. Esta última, con su tendencia al materialismo determinista, provocaba una resistencia automática en la tradición católica heredada de España. Pero aun así, Jaime Jaramillo demuestra claramente el conflicto mental de Caldas entre su educación científica y su formación religiosa, conflicto que nunca pudo resolver satisfactoriamente. Se entrega, muy cuerdamente, a la Gracia, como lo dice en el Semanario, en su polémica con Diego Martín Tanco: "...un profano no puede entrar en el Santuario; y esta materia, digna de Bossuet y Pascal, es demasiado sublime y está fuera de mi alcance".

En un libro tan rico en sugerencias y documentación, es apenas posible destacar algunos aspectos. Sin duda el más importante, como influjo en el pensamiento colombiano de su época y como espécimen clásico de su tiempo, es la obra de don Miguel Antonio Caro, que el autor califica de "racionalista", quizá a falta de algo mejor. Sostiene para ello que el racionalismo no es incompatible, en su sentido lato, con la fe. La conciliación entre razón y fe constituye, en efecto, uno de los esfuerzos básicos

de los pensadores ortodoxos del siglo pasado. Se puede, pues, ser racionalista sin dejar de reconocer por eso que la razón tiene límites. Y para don Miguel Antonio, claro que los tenía: "La sola razón no comprende la verdad. La verdad es más grande que la razón; es anterior a la razón humana. Algunos historiadores, menos cautelosos que Jaime Jaramillo, han llamado Padre de la Iglesia a don Miguel Antonio, con evidente exageración, que habría sido rechazada inmediatamente por la víctima. Y en todo caso, con toda su enorme cultura, don Miguel Antonio sigue siendo el patriarca del dogmatismo, la secuela de aquella postura española que en realidad no fue apenas modificada por el influjo del erasmismo. Para el pensamiento de nuestro siglo, Núñez representa un motor moderno, sin la estructura sistemática de Caro, pero también sin su dogmatismo. Es el influjo de Inglaterra en la concepción política colombiana, que abre las puertas de nuestro tiempo.

ANTONIO PANESSO ROBLEDO

EUROPE, revue mensuelle, Paris, Juillet- Août 1964, Nos. 423-234: *Colombie*.

Es este el cuarto número de *Europe* dedicado a las literaturas del "Nuevo Mundo"; los tres anteriores estuvieron consagrados a los Estados Unidos, México, Cuba. Según el director, Pierre Abraham: "De lo que viene de América Central o de América del Sur, se exhala un olor inhabitual en las literaturas de nuestras comarcas, un perfume violento que tenemos grandes deseos de ofrecer a las narices de nuestros lectores". (Los textos citados en esta nota son traducciones nuestras).

El número ha estado al cuidado de Julián Garavito, quien reunió y tradujo la mayor parte de los textos de prosa y verso que forman la antología, escribió la presentación de los autores y algunos textos introductorios. Un óleo de Marco Ospina "Campesinos de Boyacá", decora la portada.

La primera parte del volumen está compuesta por textos de introducción. Entre otros, citaremos un "Ensayo de presentación de Colombia", a cargo de Emile Tersen; Nicolás Guillén escribe dos hermosas páginas sobre "López el Tuerto"; el hispanista Jean Camp —ahora entre nosotros—, escribe sobre "La faz de Bogotá"; sendos textos de Rufino José Cuervo y Eduardo Caballero Calderón sobre el español en América, y uno de José Manuel Rivas Sacconi sobre "La escuela filológica colombiana". Germán Arciniegas y Julián Garavito introducen al lector francés en la literatura. Aparte de los escritores colombianos y franceses, también colaboran el poeta cubano Nicolás Guillén, ya mencionado, el novelista español José Herrera Petere y el guatemalteco Ernesto Cardenal.

La segunda parte consiste de la Antología en prosa y verso. Desde Domínguez Camargo hasta Charry Lara, Gaitán Durán y Cote Lamus, incluídas canciones populares anónimas, y desde Carrasquilla hasta Mejía Vallejo y García Márquez. Especialmente en los prosistas parece haber prevalecido un criterio más que todo social, aunque también en la escogencia de la poesía se manifiesta (de Cote, por ejemplo, fue seleccionado el

poema "A un campesino muerto en la violencia", que está lejos de ser uno de los mejores de su obra). Así entre los jóvenes aparecen los nombres de Daniel Caicedo, Carlos Arturo Truque, Fernando Ponce de León, etc.

La tercera parte incluye textos sobre la violencia, extractados del libro de Mgr. Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna; un fragmento del libro de E. Barney Cabrera, *Geografía del arte en Colombia*; una nota sobre el cine, de Pedro Santos y una cronología histórica y literaria, de Garavito. Por último, una "Bibliografía sumaria".

En mi opinión, esta visión general de Colombia es bastante completa. Los aspectos principales del arte, del ensayo, la poesía, la novela se hallan bien representados, aunque cabría la discusión sobre la ausencia de algunos nombres y la presencia de otros (por ejemplo, se deja por fuera a un escritor de la importancia de Hernando Téllez, lo cual a todas luces nos parece injustificable). Las traducciones son cuidadosas y las páginas dedicadas por Garavito y Arciniegas al comentario crítico y la ordenación histórica aclaran y organizan certeramente el material.

Finalicemos esta escueta descripción del contenido de la revista con las palabras del embajador de Colombia en París, Carlos Obando Velasco: "Que una revista tan importante como *Europe* haya escogido esta vez a Colombia para consagrar un número a su literatura nos llena de orgullo, pues ello representa sin duda ninguna una contribución al conocimiento de esos mundos nuevos cuyas verdaderas dimensiones jamás han sido bien comprendidas más allá de sus fronteras".

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

Ramón Menéndez Pidal: *En torno al poema del Cid*. Barcelona, E.D.H.A.S.A, 1963.

Como es bien sabido, entre otras cosas, la máxima autoridad mundial en la Edad Media española es don Ramón. Pero tal vez es en cuestiones cidianas donde su saber y su genio han brillado con mayor intensidad. Pedro Salinas decía que jamás un libro ha debido tanto a alguien distinto de su autor como el Poema del Cid a don Ramón. Salvo escribirlo, don Ramón lo ha hecho todo: rescatarlo del olvido, darle su justo lugar en la historia literaria, editarlo críticamente de manera definitiva y ejemplar, interpretarlo palabra por palabra, fijar la gramática, la versificación, determinar el autor, la geografía, los personajes... Tal vez ninguna literatura conoce un ejemplo parecido de dedicación, de fervor, de precisión científica, unidos a una sensibilidad alerta y sutil.

En el presente volumen don Ramón ha agrupado una serie de ensayos escritos en diversas épocas sobre el gran poema medieval. El más antiguo data de 1913: "El poema de Medinaceli"; es un resumen de las investigaciones del autor, que apareció como prólogo de la edición de la colección Clásicos Castellanos. Los restantes son más recientes, desde 1951 a 1962: "La épica medieval en España y Francia", "Fórmulas épicas en

el Poema del Cid”, “Dos poetas en el *Cantar de Mio Cid*”, “Mitología en el Poema del Cid”. Luego sigue una “Recapitulación final” y una completa bibliografía.

De entre todos estos ensayos sobresale uno verdaderamente magistral, “Dos poetas...”, que resumiremos brevemente. Por medio del examen histórico y estilístico, don Ramón llega a la conclusión de que se debe rectificar la creencia de que el Poema haya sido creación de un único juglar: dos juglares, “el poeta de San Esteban de Gormaz” y “el poeta de Medinaceli”, fueron sus autores.

El análisis se basa fundamentalmente en tres aspectos: geográfico, histórico y literario. En primer término, el hecho de que en el poema hay “dos regiones descritas con detalles de toponimia mayor y menor, reveladores de afección muy singular a la tierra (...). Los hechos del Cid aparecen en el *Cantar* frecuentemente vistos desde San Esteban de Gormaz, unos; y desde Medinaceli, otros. Nos sentimos obligados a distinguir dos poetas”. Ahora bien, estos dos poetas no son coetáneos: el de San Esteban es más antiguo que el de Medinaceli; ello tiene enormes consecuencias: “(...) hubo un poeta de San Esteban muy antiguo, buen conocedor de los tiempos pasados, el cual poetizaba muy cerca de la realidad histórica; y hubo un poeta de Medinaceli, más tardío, muy extraño a los hechos acaecidos, y que por eso poetizaba más libremente. En el análisis del poema se notan algunos aciertos extraordinarios de veracidad, aciertos que son natural fruto de la coetaneidad (en suma, verismo épico: poeta de San Esteban), en contraste chillón con grandes disparates históricos, cometidos en beneficio del mayor interés y animación del relato (en suma, novelación libre: poeta de Medinaceli)”. Así, pues, por el examen minucioso de la geografía y de la historicidad del *Cantar* se llega a estas conclusiones. Pero también, de manera agudísima, el análisis literario arroja resultados sorprendentes. Al examinar la versificación, don Ramón encuentra dos tipos que corresponden a los dos autores: “Vemos destacarse un poeta de San Esteban de Gormaz que se esmera en una *versificación variada*, pues gusta del frecuente cambio de asonante; esto lo lleva a usar bastante los asonantes menos fáciles y los difíciles, y le mueve a hacer muchas tiradas menores de 10 versos (...)”. “Por otra parte vemos un poeta de Medinaceli que tiende a una *versificación de gran sencillez*, pues suprime los asonantes difíciles, y casi suprime los menos fáciles, a la vez que elimina muchas tiradas menores de 10 versos y prolonga las tiradas más largas”.

De esta manera, el gran filólogo logra separar claramente en el *Cantar*, la labor de los dos poetas: “Al poeta de San Esteban, en suma, pertenece el plan total de la obra. El enfocó la figura del héroe, no desde el punto de vista de sus prodigiosas conquistas y victorias militares, sino atendiendo a su penosa lucha contra la invidencia de una clase social superior, llena de orgullo y de vanidad”. “El refundidor de Medinaceli, como bastante alejado de los sucesos, se distingue por adiciones y reformas novelescas, libremente descuidadas de la exactitud histórica”. Sin embargo su genio y su aporte al Poema no desmerecen de los del autor primero: “Los preceptistas literarios del renacimiento y el barroco decían que el poema épico (...) no debe tratar sucesos coetáneos sino sucesos de

tiempos lejanos, a fin de que la veracidad histórica, exigida por los hechos de todos conocidos, no coarte la libre imaginación del poeta. Este precepto se realiza y se confirma bien en la vida de la epopeya tradicional, historia cantada: el poema no se constituye realmente como tal sino cuando se ha alejado bastante de la realidad de los hechos. El poeta de Gormaz, a lo que podemos alcanzar de su obra, estructuró un relato de gran valor literario, pero no hay duda que el refundidor de Medina acrecentó este valor considerablemente”.

Cuando ya se acerca al siglo de vida, su genialidad sigue resplandeciendo deslumbradoramente. Como se suele decir en los discursos retóricos, solo que en este caso es verdad: don Ramón Menéndez Pidal, honra y prez de nuestro tiempo, orgullo de nuestra comunidad hispánica.

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

BAZIN Robert: *Historia de la literatura americana en lengua española.*

Profesor y diplomático, Bazin ha residido varios años en Latinoamérica y conoce su cultura como pocos. En 1953 apareció esta *Histoire de la littérature américaine en langue espagnole*, cuya segunda edición en castellano motiva este comentario.

Bazin considera, con mucho fundamento, que la literatura *americana* comienza con la generación de 1800, es decir, con la época de la emancipación (como ya lo afirmaba Alfonso Reyes). Así, pues, no pueden considerarse *americanas* ni la literatura precolombina ni la colonial (“Las literaturas hispanoamericanas no entroncaron en la literatura colonial”), sin que por ello quiera desconocerse su importancia y su influencia en la cultura bicentenaria de Latinoamérica.

De este modo, Bazin estudia con rigor metódico, con claridad y sensibilidad, las tres generaciones del siglo XIX: la de 1800-1830; la de 1830-1870; la de 1870-1900. Luego, en los dos capítulos del apéndice, incluye un panorama de las literaturas contemporáneas y una consideración sobre los caracteres propios de las literaturas nacionales. Luego, una copiosa bibliografía.

O sea, que el núcleo del libro está formado por los escritores del siglo XIX, desde José Joaquín Olmedo (1780-1847) y Andrés Bello (1781-1865) hasta los modernistas Lugones (1874-1938) o Valencia (1783-1943).

El método de Bazin consiste, en líneas generales, en el estudio preliminar del contexto histórico y literario de cada generación, para ocuparse a continuación de los movimientos particulares y, dentro de estos, de los escritores individualmente considerados. Cada capítulo comienza por la mención de las generalidades y se va concentrando en lo particular.

Tal vez lo más notable del libro, en mi opinión, reside en el hecho de que nos presenta una visión objetiva de nuestra cultura literaria, despo-

jada de prejuicios, franca. Un pequeño ejemplo: "Los hispanoamericanos tienen tendencia a considerar el romanticismo como una categoría estética absoluta (el espíritu humano tendría dos actitudes posibles: la clásica y la romántica); y, por otra parte, se imaginan que ellos son de 'temperamento' romántico (también piensan que el romanticismo no ha hecho más que revelarlos a ellos mismos y encuentran romanticismo en casi todos sus escritores)".

Acerca del rigor crítico de Bazin, cuya objetividad está garantizada por su carácter de extranjero (y probablemente por su nacionalidad), es interesante citar aquí algunos conceptos sobre la literatura colombiana. Según el autor, Colombia surge tarde a la vida literaria; además se distingue por su aislamiento respecto al mundo exterior y por el aislamiento interior de sus diferentes agrupaciones geográficas y humanas; por otra parte, es un país agrícola "dominado por una aristocracia terrateniente poco numerosa". Así, pues, su literatura está caracterizada por 1) una poesía culta, escasamente influida por las grandes corrientes mundiales; 2) un virgilianismo acentuado; 3) una incapacidad total para profundizar los problemas sociales.

El libro, pues, aparte de su utilidad, ofrece el interés para el lector hispanoamericano de ser un reflejo en una mente extranjera provista de agudeza, de inteligencia y de cierta ironía velada que no llega nunca a la impertinencia. Tal vez no sea exagerado decir, por último, que la obra de Robert Bazin es uno de los mejores estudios de conjunto sobre la literatura moderna de Latinoamérica.

EDUARDO CAMACHO GUIZADO